

## HACIA UNA "NUEVA ERA"

L. Alberto Cordero-Lecca  
Catedrático Titular de Filosofía e Historia  
The Graduate Center CUNY & CUNY Queens College  
City University of New York

Francisco Sagasti nos invita a tomar en serio una importante realidad: *"Estamos transformando nuestro entorno biofísico en un grado nunca visto, modificando los patrones de comunicación e interacción humana que le dan forma a la cultura, y creando nuevos tipos de realidad para proyectar nuestros sentimientos y ejercer nuestras facultades cognitivas e intelectuales. Estamos también expandiendo nuestras capacidades físicas y mentales por medio de una gran variedad de aparatos artificiales que hemos creado, y adquiriendo la capacidad de controlar y dirigir nuestra evolución biológica. En el ocaso del programa baconiano, estamos cambiando las reglas del juego de la evolución para la humanidad, y esto hace necesario una revisión y transformación de nuestro concepto de la naturaleza humana"*.

Cómo responder a este reto? Sagasti propone articular un programa que sustituya al que formuló Francis Bacon cuatrocientos años atrás, un nuevo programa para *"toda la humanidad"*, basado en una visión *"que actualice la interpretación del mito de Prometeo que hizo Bacon, ahora en términos más ambiguos e inciertos y sin suponer, que el Hombre es el centro del universo"*. Dicho programa, sostiene, deberá poner los sentimientos *"en el mismo nivel que la razón"*, integrando todos ellos en un diseño que incorpore elementos de los mitos de creación de otras culturas y reconozca que *"otras civilizaciones han sido capaces de adquirir conocimiento y develar los secretos del universo sin la valiosa ayuda de Occidente"*.

La propuesta presentada abunda en optimismo generoso, buena voluntad, vaguedad picaresca, y no pocas supersticiones cordiales de tipo "politically correct". Encuentro el artículo estimulante pero también problemático a varios niveles. Sirva la oportunidad para ofrecer algunas observaciones en torno a tres áreas: la noción de programa "para toda la humanidad", el respeto debido a "otras culturas", y la distinción entre especulación y conocimiento.

1. Comparto el interés de Sagasti en responder a los retos que destaca. La cuestión es cómo hacerlo. A mí me parece una mala idea seguir tratando de trenzarle el destino a la gente con "programas para toda la humanidad". Tales instrumentos presuponen que alguien sabe ya con holgura a qué "debemos" aspirar todos, y también que disponemos de una visión comprensiva del mundo y de la vida creíble a nivel público, y yo cuestionaría seriamente semejantes supuestos. La síntesis teórica confiable a nuestra disposición es muy irregular, limitada a lo que podríamos llamar "mapas parciales" de ciertos aspectos de la realidad, con grados diversos de alcance, precisión y profundidad según las áreas. ¿Llegaremos algún día a unir estas representaciones en un mapa suficientemente comprensivo para funcionar como "visión"? A lo mejor, pero de momento no hay indicios serios de tal logro en el

horizonte. Mientras tanto, no faltaba más, continuemos respondiendo a los retos con coraje pero también con lucidez, sin perder de vista las considerables limitaciones de los mejores mapas a nuestra disposición. Razón tenía Francis Bacon cuando prevenía contra la traicionera fertilidad de la imaginación por un lado y los prejuicios e influencias del entorno social por el otro -conspicuamente la tradición, las supersticiones y las modas, a las que Bacon comparaba con ídolos. Sagasti aparentemente acepta este llamado cuando dice que el nuevo programa a articular deberá formularse en términos más modestos ("*ambiguos e inciertos*") que en épocas anteriores. Habría que tener claro, sin embargo, qué estándares de modestia procede honrar aquí. Creo que Sagasti es demasiado generoso con ciertas ideas de moda, como sugiero a continuación.

2. Mi segundo punto es sobre la noción de calidad de información. El artículo comentado invita a responder al reto de la nueva época incorporando los mitos de creación y los conocimientos que "otras culturas" habrían sido capaces de adquirir y los secretos del universo que habrían sido "*capaces de desvelar sin la valiosa ayuda de Occidente*". Existen sin duda otras tradiciones de sabiduría que la Occidental -conspicuamente el induísmo, el budismo, el taoísmo, el confucianismo, y el islam, cuyas versiones más profundas tienen bastante que enseñarnos a todos. De otro lado, sin embargo, procede notar que muchas de las llamadas "otras culturas" dejan bastante que desear, a juzgar por la disposición de sus depositarios a escaparse de ellas a la primera oportunidad. Hay culturas y "culturas". También hay conocimientos y "conocimientos" sobre el universo. Todas las sociedades humanas han logrado aprender acerca del mundo natural, pero pocas han descubierto modos efectivos de expandir y profundizar tal aprendizaje más allá de modestos horizontes (mayormente limitados a un lento establecimiento de correlaciones fenomenológicas de valor práctico), y ciertamente ninguna como la cultura occidental -matriz peculiar y excepcional del ahora cosmopolita estilo científico-moderno de pensamiento. Por supuesto, bienvenido sea el conocimiento, venga de donde venga. En ese espíritu, ¿exactamente, qué conocimientos, qué secretos específicos sobre el mundo natural han desvelado las susodichas "otras culturas", digamos en los últimos mil años -qué valiosos conocimientos de interés contemporáneo, qué misterios del universo desvelados por otras maneras de pensar el mundo, tendría que incorporar la acción presente al servicio de las causas de la época? ¿La acupuntura yuppie?, ¿el vudu caribeño?, ¿las prácticas post-coloniales de conformismo social?, ¿la "oncología alternativa" del pasado de cuy?, ¿la astrofísica neo-sufi? Necesitamos enterarnos. Nadie puede desmerecer los antiguos logros de otras civilizaciones en materia de técnicas de "governabilidad" y "cohesión" social, sistematizaciones astronómicas, agricultura, domesticación y crianza de especies, minería, artes militares y de la construcción civil, o curandería, entre otras. Al mismo tiempo, tampoco se puede dejar de notar el comparativamente bajo o nulo ritmo de desarrollo de dichos logros (en una semana promedio la medicina científica desvela hoy más "secretos" pertinentes que todas las curanderías juntas desde el principio de la historia). Mi sugerencia, por consiguiente, es tomar con circunspección la idea -popular entre sociólogos neo-románticos, ideólogos de pasarela y críticos de corte "post-moderno"-de que "otras civilizaciones" tienen en la actualidad mucho conocimiento relevante que ofrecer sobre el universo.

3. Mi última observación tiene que ver con un suplemento "desconstruccionista"

frecuentemente añadido al anterior rollo ecuménico. Me refiero a la idea de que los conocimientos propiamente científicos no son, a fin de cuentas, de mejor calidad que las contribuciones logradas a partir de sistemas creenciales "alternativos". Según ciertos comentaristas, la física del siglo XX habría incluso desmantelado la noción de mundo exterior y los ideales tradicionales de objetividad y racionalidad. El artículo comentado se solidariza con nociones de este género, por ejemplo, en las siguientes dos aseveraciones:

(a) *"Los avances en la física de las partículas, que han cambiado nuestras ideas de la realidad material y la noción de que existe un mundo externo, totalmente separado e independiente de nosotros como observadores e intérpretes".*

(b) *"Como consecuencia de estos avances hemos tenido que aceptar nociones extrañas acerca de la naturaleza probabilística del mundo físico, que no es algo objetivo que 'está allí', independiente de los seres humanos como observadores, y también [a] considerar nociones aún más insólitas acerca de la existencia de una multiplicidad de universos, que no puede ser comprobada con las herramientas de la ciencia moderna".*

Las anteriores proposiciones pondrían a objetivistas y realistas en retirada, si fueran correctas. No lo son. Ambas expresan adosados especulativos a la parte sólida de la teoría cuántica. Las dos versan sobre el alcance y límites del principio de superposición. Se trata de un tema respecto del cual la física cuántica dispone de alternativas bastante más coherentes, en particular la revisión teórica iniciada por GianCarlo Ghirardi y sus colaboradores en el Centro Internacional de Física Teórica de Trieste, y la teoría de variables ocultas no-locales de David Bohm, ambas enfáticamente realistas y objetivistas. En cualquier caso, es falso que la *"física de partículas"* comprometa la noción de que existe un mundo externo, totalmente independiente de nosotros como observadores e intérpretes. También es falso que, como consecuencia de los avances de dicha física, ahora "tengamos" que considerar ideas no comprobables mediante las herramientas de la ciencia actual. El valor de ideas como las expresadas en (a) y (b) no es el de hallazgos creíbles sino el de posibilidades interpretativas desveladas. La diferencia es importante, en la medida que destaca dos funciones relacionadas pero distintas del moderno pensamiento científico: por un lado la expansión de la imaginación humana, por el otro la ampliación y profundización del conocimiento. La nueva física abre la mente a nociones y posibilidades insólitas (incluyendo las aludidas por Sagasti). Cuando, como ocurre al interior de la física fundamental seria, las nuevas ideas son integradas entre sí mediante especulaciones cuidadosas (como en de Ghirardi y de Bohm), su beneficio preventivo contra el dogmatismo y el anquilosamiento de la imaginación es enorme. En este sentido la ciencia actual juega un papel protagónico en la liberación y el crecimiento de la mente. De otro lado, sin embargo, lo posible rara vez coincide con lo creíble. En las disciplinas responsables, una propuesta empieza a tomarse como creíble sólo cuando conduce con claridad a predicciones exitosas propiamente originales. Por eso la existencia de quarks, mas no la de supercuerdas, cuenta actualmente con respaldo epistemológico. Algunos círculos "críticos" preconiben el valor de la predicción exclusivamente en términos de deseos de controlar el mundo técnicamente. El resultado es un género de interpretaciones torpes que pierden de vista la dimensión epistemológica del concepto de predicción en la ciencia. Explicar

hechos, armar teorías que los sistematicen, acreditar dichos constructos "internamente", todos estos son logros comparativamente fáciles de la imaginación. Lo difícil es contrastar propuesta con dominios convincentemente externos a ellas (en tanto que no determinados por las interpretaciones teóricas del caso). Históricamente, la exaltación epistemológica del poder predictivo surge de la necesidad de protegernos contra la enorme capacidad que los seres humanos tenemos para autoengañarnos intelectualmente. Es gracias a la valoración de este aspecto de la predicción que las ciencias naturales han logrado convertirse en un profundizador del conocimiento del mundo sin precedentes en la aventura humana.

Si bien ahora poseemos conocimientos más sólidos que nunca en un creciente número de áreas, estamos todavía muy lejos de alcanzar una visión comprensiva de calidad. Hay muchísimas lagunas de ignorancia, particularmente con respecto a nuestra propia condición. La tentación de cubrir esas lagunas con ayuda de ídolos como los que condenaba Bacon ya al inicio de la era moderna es naturalmente muy grande. Resistamos tal tentación. Limitémonos como sociedad a armar programas basados en informaciones de calidad y circunscritos a fines realmente compartidos. Y, cuando tales programas se pongan en marcha, mantengámoslos bajo feroz evaluación externa, y asegurémonos que sean conducidos por personas del valor humano y la integridad pública de Francisco Sagasti.